

picios á sus dioses. No solamente esto que he dicho se verá en lo principal de México y Perú; pero tráense cosas particulares en este propósito que pasaban en otras provincias del nuevo mundo; no quedará ayuno, no ceremonia ó cosa que parezca pía que aquí no se halle con toda curiosidad.

CAPITULO PRIMERO

Del descubrimiento de las Indias Occidentales, de las cuales trata esta República.

No escribiré yo aquí á la larga ni con particular orden las cosas de las Indias y Perú, por que el argumento de esta obra no camina á ésto: mi intento es sólo y con toda brevedad mostrar el tiempo cuando se halló este nuevo mundo, de quien tengo de tratar tantas y tan varias cosas, porque para lo demás ya hay muchos hombres que han escrito largamente, así

como Pedro Martir que hizo las Décadas Oceanas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Francisco López de Gomara, y otros cuyas historias andan en público. De manera que si aquí no soy largo, no soy obligado á serlo, y cuando lo fuera era salir de los límites de lo que promete mi obra.

Dos valerosos capitanes produjo Europa para gloria de nuestra España, por medio de los cuales se halló y conquistó un nuevo mundo, cuya grandeza ni fué hallada de los antiguos, ni los que cada día van descubriendo no la saben cuando terná fin.

El principio de tan gran empresa tuvo principio de Cristóbal Colón y de Fernando Cortés, el uno italiano y el otro español: pero diremos del Cristóbal Colón que parece que Dios lo guardó con especial cuidado para que él llevase el premio de su fortuna próspera y los españoles hallasen adonde extender sus ánimos y codicia.

Fué Cristóbal Colón natural de los pueblos Ligures, que hoy se llama la Costa de Génova, unos dicen que fué de una aldea llamada Cugureo, ó de Nervi aldea de Génova, pero la verdad es que era de un lugar llamado Arbizejo, lugar áspero y olvidado, junto á Saona. No

fué ilustre ni famoso en letras, mas tuvo natural inclinación á seguir la navegación, y con esta hambre y codicia anduvo por diversas partes de Levante con los tratantes de Génova, que andaban todo el mundo, y dándose desde su mocedad á ésto, anduvo todos los puertos é islas y riberas del mar Mediterráneo, y como fuese muy dado á la Geografía, todo su ingenio empleó en contemplar todas las tierras y provincias que se contienen en el globo de la tierra con hervor y fatiga tan perpétua, que por Astrología aprendió maravillosamente la medida de los Trópicos, y de la Equinocial, y de los climas, y todo el uso de la carta del navegar y de la aguja: por lo cual fué gran maestro de hacer cartas, y ampliábalas y extendíalas mucho más que los antiguos y siempre hacía en ellas mayor la tierra, dando manifiestas pruebas de que había tierras escondidas y que por pereza de los hombres no se descubrían, y así daba un nuevo mundo á los codiciosos de saber y de riquezas.

Esto alcanzó él con la lección de Platón y Séneca y otros muchos griegos y latinos, los cuales dejaron rastros é indicios para considerar semejantes cosas, acrecentaba mucho su esperanza el ver que poco antes un francés llamado

Bentacor ó Betancuyt había conquistado las Canarias, y que los portugueses hallaron las Hisperides adelante del Cabo Verde y que la armada del Infante D. Enrique de Portugal había pasado el último cabo de Ethiopia, llamado Cabo de Buena Esperanza (puerto debajo del Polo Antártico, adelante del círculo de Capricornio) había envidia este genovés osado, y pesábale que los genoveses (que en antigua reputación de disciplina naval excedían á todas las naciones) perdiesen una ocasión tan grande, por la cual podían hacerse famosos en todos los siglos y más ricos que ningún Rey por cogelles la empresa otras naciones.

Mirando, pues, todas las cosas con diferentes imaginaciones, aunque con constante espíritu, procuró de poner en efecto lo que tantas esperanzas le daba, y vacilando adonde iba hallaba muchas dificultades en parte por ser hombre pobre y poco conocido, y también porque quería persuadir una cosa tan grande, que aún después de hallada y salido con ella, había de parecer increíble aún á los que la viesan; mas con todo eso quiso probar ventura, y llegando al Rey de Portugal para pedirle favor, hallólo tan ocupado en la guerra de Africa y en la empresa que trazaba en Oriente, que le parecía

cosa demasiada. Al Rey de Castilla no se atrevió acometerle semejante hecho, porque andaba muy encendido en la guerra de Granada y pretendía destruir de todo punto la secta de Mahoma de toda España, pues era señor de casi toda ella.

Tenía Cristobal Colón un hermano llamado Bartolomé, que aunque no era tan industrioso, todavía le era compañero en aquel deseo y obedecíale porque traía creído que no iba Cristobal Colón fuera de camino, y así el Cristobal le enviaba al Rey de Inglaterra, que era Henrico séptimo, Rey el más rico de todos los de Europa en dinero, pero aunque le prometía el Bartolomé muchos provechos no le quiso dar algún favor el rey.

Viéndose, pues, desamparado, fuese al Rey don Alonso V de Portugal, pero no halló el recado que esperaba, porque había en aquel reino un obispo de Viseo á la sazón gran hombre en el arte del marear, y puso tantas dificultades en el hecho y tan poca certeza en lo que Colón prometía, que se hubo de volver á Castilla á los Reyes Católicos para quienes había de ser esta empresa tan grande.

Estaba á la sazón el Rey con su corte y ejército sobre Granada y tratando con unos y otros

aconsejábanle que hablase á los Duques de Medina Sidonia, y de Medinaceli, para que el uno con dineros, el otro con el puerto le ayudasen: pero sus ánimos no caminaban á cosas que traían tanta ventura, y así guiado por Dios divinalmente determinó de poner las esperanzas de este hecho en los Reyes Católicos, y dando y tomando, y hallando mil dificultades é inconvenientes, pidió con ánimo confiado que se le diese aquella empresa prometiendo aun no tanto como lo que después dió, y los Reyes Católicos, principalmente la Reina doña Isabel que tenía un ánimo excelso y real, le dió grandes esperanzas, y mirándose todas las cosas con mucho acuerdo después de haber entendido una perseverancia tan grande, le proveyeron de gente, naos, y provisión, y poder sobre todo como el que llevaba la empresa á su cargo.

Muchos murmuraron deste hecho pareciéndoles que no sólo era este negocio peligroso, mas cosa desatinada, y por gran pecado arriscar á las inconstantes ondas del mar Oceano las naos y Españoles por satisfacer la voluntad de un hombre no conocido, y que daba esperanzas mayores de lo que podían creer los hombres y de cosas que de todo parecían inciertas.

Llevaría consigo ciento y veinte hombres en-

tre soldados y marineros, y encomendando á Dios este negocio se arrojó en la mar, muchos días anduvo navegando sin hallar rastro de lo que deseaba, y había prometido, y aunque él iba muy confiado, los compañeros iban desesperados, porque no solamente no veían tierra, mas tampoco hallaban señales de ella, y lo que más sentían era que les iba faltando el mantenimiento.

Miraba aquel valeroso hombre los ánimos de todos enflaquecidos y que en ninguno veía corazón codicioso de gloria, y así andaba su espíritu inquieto y en ondas más crueles que las del mar, porque allende de que no los podía animar con alguna cierta esperanza veía inquietos y obedecíanle mal y queríanlo matar: pero él les habló con ánimo osado y les amenazó con la ira del Rey, porque si hacían cosa contra el mandado del Príncipe, habían de ser castigados severamente.

Esto hizo detener los ánimos de los Españoles y aun le tenían gran respecto de allí adelante. No pasaron después de este alboroto y motín muchos días en que vieron tierra, con lo cual se alegraron sus ánimos en gran manera y comenzaron á dar gracias á Dios, y al tercero día tomaron tierra, que fué á los trece de Oc-

tubre del año de mil y cuatrocientos y noventa y dos.

Fué la primera tierra una isla de los Luca-yos llamada Guanahani, que cae entre la Florida y Cuba, y allí se tomó posesión de las Indias por los Reyes Católicos, y de ahí fueron costeano las demás islas.

Gran espanto recibieron aquellas gentes bárbaras de ver nuestra gente con tan diverso traje del suyo, y así admirados huían á los montes: pero los nuestros queriendo tomar tiento y rastro á la tierra fueron en su seguimiento y no pudiendo alcanzar hombres prendieron una mujer, á la cual comenzaron á halagar con dádivas, porque le dieron pan y vino, y otras cosas de comer y vistiéronla, porque venía desnuda, y mostrándole por señas que no le harían mal á ella ni á nadie, le pidieron que llamase á los que huían. Ella habiendo recibido aquel género de humanidad fué á llamar á los que huían y diciéndoles lo que con ella hicieron los hizo venir á todos á la costa.

Y Colón viéndolos tan bárbaros comenzó á los acariciar y traer con mucho amor, y pidióles mantenimientos por sus dineros y viendo como le traían pan, gallipavos, y otros mantenimientos de la tierra atrájolos con amorosos

meneos, porque este fué el primero intérprete que tuvieron aquellas dos gentes tan diferentes en ley y costumbres. Y ellos conociendo el buen tratamiento que se les hacía comenzaron á perder el miedo y á servirlos.

Conoció Colón que aquella gente tenía oro, porque para su ornamento y gala usaban de zarcillos de oro y de otras joyas que aunque mal labradas ellos las tenían por cosa grande.

También conoció de qué cosas carecían y viéndolos idólatras persuadiolos, en pago de los mantenimientos que le traían á que creyesen en Cristo y adoraron la cruz, y viendo tan buenos principios determinó volver á España con la nueva del mundo nuevo y dejados en aquellas islas treinta y ocho Españoles con su capitán, dió la vuelta con el resto trayendo para testimonio de cosa tan grande diez indios, cuarenta papagayos, muchos gallipavos, conejos muy distintos de los nuestros, que ellos llaman *Vtias*, trajo el pan de aquella gente, que era de unas raíces dichas *batatas*, también trajo de las especies que ellos usaban, que se llamaba *Axi*, y nosotros la llamamos pimienta todos de las *Indias*, y algún maíz que es su trigo. También trajo oro para que así viesen el cebo que había de pescar á mu-

chos, y llevarlos á ver nuevas tierras. Con este presente no muy grande (pero de grandes esperanzas) llegó en España y fué á besar las manos de los Reyes Católicos que á la sazón estaban en Barcelona; fué grande el regocijo que aquellos Príncipes recibieron por ver cosas tan particulares y estaban atentos á las relaciones que daba Cristobal Colón, y porque en todo eran Cristianísimos hicieron bautizar los indios y fueron ellos los padrinos, y porque supieron que aquellas gentes se comían unas á otras hicieron voto de quitar la idolatría y aquellas costumbres tan crueles.

Al Colón mandáronlo asentar delante de sí contra la costumbre de los Reyes de España, que no permiten que nadie esté asentado en presencia del Rey.

Y luego dándole título de Almirante de las nuevas Indias, lo mandaron volver á la empresa llevando más gente y aparato, y porque era aquel negocio grande y arduo, y no podían los Reyes apoderarse de ninguna tierra agena si no se les daba la investidura con derecho legítimo, pidieron al Papa Alejandro VI que á la sazón gobernaba la Iglesia, que atento que se habían hallado ciertas gentes idólatras y que se comían unas á otras, su Santidad les conce-

diese el conquistarlas porque recibiesen la fé y dejasen los ídolos y aquella ferocidad.

El Papa, vista la sancta demanda concedió una Bula llena de mucha doctrina y sanctidad, en la cual da la instrucción de cómo se ha de haber con aquellas gentes, y así fueron conquistando con las armas espirituales y temporales aquel nuevo mundo, siendo Cristobal Colón el principio de tan gran empresa.

Después salidos de las islas hallaron tierra llana y tendida, adonde hallaron los que iban en esta demanda grandes y tendidas provincias, potentísimos Reyes, grandes riquezas de oro, plata y piedras preciosas.

A quien se debe dar después de Cristobal Colón gracias de tanta cosa es á Fernando Cortés, cristianísimo varón, capitán fortunado, soldado valiente, liberal señor, el cual ganó á México, hizo predicar con gran celo la palabra del Evangelio, sin tener ambición ni codicia de las riquezas ni de mandar, contentándose con sólo que el nombre de Cristo fuese pregonado: y con hacer hechos dignos de inmortal gloria (1), del

(1) Las palabras puestas aquí entre comillas no se hallan en la primera edición, y sí en la de 1594, impresa en Salamanca.

»cual se podría hacer una historia tal como »cualquiera de las que leemos en Plutarco de »los capitanes griegos y latinos».

Destas gentes que se hallaron tan bárbaras, tan sin Dios y tan poseídas del demonio, quiero escribir y mostrar á los venideros su religión y sus sacrificios, que quien quisiere leer atentamente podrá conocer cuán poderoso fué el demonio entre aquellas gentes.

Aquí verá sus costumbres en los matrimonios y mortuorios, no quedará ceremonia que toque á la religión que no se halle aquí.

También verán el gobierno y leyes por donde juzgaban sus causas, muchas costumbres que serán para avergonzarnos, la potencia de sus Reyes y su magestad.

En fin, todo aquello que toca á una república mostraremos, y esto con mucha fidelidad y certeza, porque estas cosas cuantos menos autores hay dellas, tanto con mayor obligación estoy obligado á darlas limpias de sospecha, y porque el lector sepa de dónde saqué tantas cosas, en una palabra referiré las diligencias que hice para cosa tan particular.

Primeramente, hube á las manos las más *Relaciones* que se enviaron á los Católicos Reyes y al Emperador Don Carlos V., de feliz recor-

dación; ví muchas *Cartas* de Fernando Cortés y de los Pizarros, comuniqué con hombres doctos en las cosas de aquellas Indias, hube papeles del santo varón don fray (1)

Obispo de Chiapa: sin esto he leído todas las *Historias* que andan escritas ó impresas, y con esta diligencia me parece que puede andar segura esta república delante de los muy diligentes, y los que quisieren añadir podránlo hacer y reprender también, si fueren mejores sus testimonios, y lo que se dice de Indias se entiende del Perú, porque de donde yo comienzo mi república tuvo principio todo, como se verá á la clara.

(1) En blanco en las dos ediciones. Se refiere al obispo D. Fr. Bartolomé de las Casas, de la Orden de Santo Domingo.

CAPITULO II.

De la religión y dioses de las Indias de la Nueva España. Tócanse cosas de mucha erudición.

Todas las repúblicas comienzan en Dios, ó sea verdadero ó sea falso, y así hemos comenzado en El en las cosas de la religión, como se ha visto en lo que queda dicho atrás, y así agora en este propósito de la religión de los Indios Occidentales trataré de sus dioses y sacrificios muy despacio, porque entiendo que ha de ser cosa grata y digna de ser sabida.

Y pues yo soy el primero que trato esta materia, bien será que me alargue un poco.

Ya queda visto cómo todas las gentes tuvie-